

Elogio de la fe

XXVII Dom. C – 2-X-2022
Oratorio de san Felipe Neri
Alcalá de Henares

«Auméntanos la fe»

Mirad, la primera lectura era del profeta Habacuc. No sabemos casi nada de él. Es posible que escriba percibiendo la amenaza de Babilonia sobre el pueblo de Dios. Lo que es seguro es que escribe en una situación desesperada. Ha pedido la intervención de Dios, pero parece que Dios no ha dado respuesta. Así empieza el libro de Habacuc: **«¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio sin que me oigas, te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves? ¿Por qué me haces ver crímenes y contemplar opresiones?»**

Muchos cristianos de hoy tampoco entienden lo que ocurre alrededor de la Iglesia y dentro de la Iglesia misma. ¿Por qué no actúa Dios y hace prevalecer lo que es justo, lo que es verdadero? ¿Por qué la situación parece cada vez más desesperada? A otros muchos cristianos hoy, como siempre, la vida les hace enfrentarse con el dolor, la enfermedad o las injusticias de todo tipo, en su casa, en su familia, en su trabajo...

Hay una respuesta que Dios da en el profeta Habacuc y que resuena en otros profetas, como en un pasaje famoso de Isaías. La respuesta es esta: **«El justo vivirá por su fe»**. La fe es capaz de ver más allá de lo que ofrecen los ojos, y, más allá de la escena cambiante de los acontecimientos buenos o malos, es la capacidad de aferrar lo que cuenta, lo que vale, lo que es estable, la realidad de Dios, y enfrentarse con el dolor y la misma muerte. Es una certeza con la que sumergimos en todo lo que es incierto y oscuro, un vínculo invisible pero real con Dios. La fe nos hace afirmar a Dios y esperar en él. Dirige hacia él el amor que solo a Dios debemos dar, la esperanza que solo en él debemos poner. Y así nos da inteligencia y verdadero poder, el poder de vivir dirigiendo nuestros pasos hacia Dios en medio del pecado, en medio de la enfermedad o del dolor, el poder de atravesar la muerte y alcanzar la vida, la vida inmortal: **«El justo vivirá de fe»**. Antes he hecho alusión a Isaías. En otro momento de angustia para Israel, la respuesta de Dios había sido: **«Si no creéis (si no creéis en mí, si no me dais fe), no subsistiréis»**. Solo la fe nos permite surcar el mar de la vida. La traducción griega de la Biblia, la que usaron los Apóstoles y los autores del Nuevo Testamento, decía: **«Si no creéis, no entenderéis»**, porque solo la fe nos da la visión, la comprensión de lo que es realmente verdadero: la realidad de Dios y la vida que él ofrece. Y así podemos asirnos a él, afrontar la vida y atravesar el mar de la historia.

El impío, el hombre sin Dios, está solo, no le queda más que confiar en sus propias fuerzas o rendirse ante la vida, no puede sino tener el alma hinchada y ser altanero, o rendirse ante la vida. El justo tiene a Dios, la fe le da a Dios, con eso enfrenta la vida, no confiando en sí, sino en Dios. Enfrenta la vida como un hijo empieza a caminar tomando la mano de su padre.

En el evangelio de san Lucas, Jesús y los apóstoles están dialogando de diversas cosas. Nosotros tomamos este diálogo en el momento en el que uno de ellos le dice a Jesús: **«Aumentanos la fe»**. Por lo que ya hemos dicho, se trata de una petición justa, más que justa. Es como decir: danos luz a los ojos, para que podamos ver más allá de la apariencia, para que podamos ver con los ojos de Dios y abrazar su plan, lo bueno que él tiene pensado, lo bueno que él realiza ocultamente en medio del desarrollo natural del mundo y en medio de los pecados de los hombres, en medio de nuestros propios pecados. Danos luz a los ojos para que podamos ver lo que verdaderamente vale, a Dios, y adherirnos a él con toda el alma. Jesús entiende que es una petición justa, más que justa, y hace un elogio de la fe. Jesús había concedido muchas cosas a los que le pedían, pero no había hecho nunca un elogio de esas cosas: había multiplicado el pan y no había hecho un elogio del pan; había devuelto la vista y no había hecho un elogio de los ojos del hombre; había devuelto la salud a tullidos y leprosos, pero no había hecho un elogio de la salud; había devuelto la salud a Lázaro o al hijo de la viuda y no había hecho un elogio de la vida terrena. Sin embargo, ahora sí hace un elogio de la fe, porque el justo «vivirá de fe». La fe es el poder del hombre que vive de cara a Dios.

El que tiene fe puede vivir, puede decir a la morera: «arráncate de cuajo y plántate en el mar», y la morera le obedecerá. La fe es como una palanca que puede mover cualquier obstáculo, no porque evite el dolor o porque nos evite las consecuencias que tiene el pecado en el mundo o en la Iglesia, entre nosotros, sino porque es un vínculo con Dios, que nos enseña a ser hijos, a hacernos pequeños, a tomarlo de la mano y que así él nos lleve. Esta es nuestra sabiduría y nuestro poder. En realidad, el hombre de fe, de fe verdadera, se hace humilde, se hace niño, aprende a ser hijo, aprende a decir «Padre» a Dios y a esperar todo de él. Esa es su sabiduría y su fuerza inquebrantable.

La segunda parte del evangelio habla de la humildad debida de los siervos de Dios, de los hijos de Dios, en sus trabajos. Hablaremos de ello en otra ocasión.

Dirijámonos de corazón al Señor para decirle con la sencillez de los pobres, de los humildes y de los niños, con la sencillez de los Apóstoles, que cambiaron el mundo: **«Aumentanos la fe»**.

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.